

**MINA
SAN TELMO
Y EL MUSEO MALDITO**

UN MISTERIO POLICÍACO SOBRE EL ARTE MODERNO

**MINA
SAN TELMO
Y EL MUSEO MALDITO**

UN MISTERIO POLICÍACO SOBRE EL ARTE MODERNO

JAVIER MARTÍNEZ

edebé

© Javier Martínez, 2012

© EDEBÉ, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de cubierta: Els Altres
© *Ilustración de cubierta:* Joan Negrescolor

Primera edición, octubre 2012

ISBN 978-84-683-0430-4
Depósito Legal: B. 8647-2012
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi padre.

ÍNDICE

<i>El título perfecto</i>	9
1. El Show de Lamonda	11
2. El inspector invisible	41
3. Galimatazo	63
4. El mundo al revés	83
5. La subasta de arte de Madame If	109
6. La impresión equivocada y la acertada	135
7. Un antro de artistas	159
8. Bajo el disfraz de tiempos pasados	173
9. El retrato	201
10. Máscaras	225
11. Los nigromantes	259
12. La cinta transportadora	279
13. Las piezas que faltaban	303
14. En el taller del artista	325
15. La pequeña reunión	333
16. Un tiempo después	349
<i>Apéndice. Los papeles de Weller</i>	355
<i>Lista cronológica de movimientos</i>	356
<i>Lista alfabética de nombres</i>	359

EL TÍTULO PERFECTO

Cuando el artista terminó de extender sobre el pequeño cuadro la pincelada con la que le pareció que su trabajo estaba acabado, él y su deforme amigo, los dos cansados tras haberse pasado despiertos buena parte de la noche, se sentaron a contemplarlo en silencio. La luz que caía sobre el cuadro llegaba de las farolas de la calle, se filtraba a través de unos ventanales sucios de polvo, y pasaba rozando las formas extrañas que ponían en su camino algunos bastidores de madera y varias telas inacabadas.

—Con este —dijo el amigo—, has cumplido tu parte del trato. Por ahora. ¿Pero cómo puedes estar seguro de que tu marchante va a estar satisfecha?

El artista inhaló hasta llenar su pecho de aire.

—Siempre lo está —dijo—. Mi talento es único. Por ahí se ha dicho que soy el artista moderno más auténtico. Y ella está de acuerdo.

Al oír esto, el amigo arqueó las cejas y se enderezó tanto como se lo permitía su torcida espalda.

—Siempre hablas de tu marchante como si tuviera en todo la última palabra.

—Y la tiene. No sabes hasta qué punto.

Los dos se volvieron hacia el cuadro.

—¿No te resulta curioso? —dijo el artista—. Muchos no se detendrían ante nada con tal de hacerlo suyo.

El amigo chasqueó la lengua.

—No he venido a pasarme aquí la noche entera. ¿Has acabado?

—Lo firmaré, y entonces nos iremos a celebrarlo.

Se puso en pie y llevó el pincel al extremo de su paleta, donde había una cazuelita con óleo negro diluido en trementina.

—Un momento —dijo el amigo—. No está terminado.

El artista detuvo la mano y, fingiendo con la mirada sentirse molesto, hizo gesto de apelarle a que explicara cuál era el problema.

El amigo sonrió, complacido consigo mismo.

—¿Qué título piensas darle, eh?

El artista condujo el pincel a la mano que sostenía la paleta, lo pinzó en ella con el dedo pulgar, y se puso a dar vueltas por el estudio, cabizbajo y pensativo. Su amigo tenía razón. Sin un título, no podía dar el trabajo por terminado. Un título adecuado, naturalmente, que transmitiera algo de su esencia más secreta, de aquello que lo convertía en una pieza de inmenso valor, y a él, en un artista irrepetible. Se llevó a los labios los dedos, teñidos de pintura, y consideró el problema durante unos minutos.

—Ya lo tengo.

—¿Qué? —dijo el amigo, que había entrecerrado los ojos, reclinado en el viejo sillón, y parecía haberse olvidado del asunto.

—El título. El título perfecto.

Cogió de nuevo el pincel con su mano derecha, volvió a untarlo en la paleta y, ahora ya sí, dando el trabajo por terminado, se acercó a la obra para poner en ella su firma.

CAPÍTULO UNO

EL SHOW DE LAMONDA

—**G**racias, gracias —dijo Freddie Lamonda, el famoso presentador de la televisión americana, pero el público no dejaba de aplaudir. Era la ovación más larga y ruidosa hasta el momento.

Freddie chispeaba de contento en su traje de rayas azul y rosa, sentado al otro lado de una reluciente mesa de plástico blanco en forma de huevo. Su último chiste había provocado una reacción mayor de lo esperado. Se alisó el pelo a un lado de la cabeza y gesticuló con las manos para rogar al público que se calmara, como si se sintiera abrumado.

—Gracias. Por favor... Gracias. ¡Pero bueno! Qué bárbaro, ya vale. Gracias, gracias. Oye, Kathy —llamó a alguien fuera del escenario—, soberbio el público de hoy. Se merecen un cheque de los buenos.

El público rio.

—Bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Damas y caballeros, el momento que todos estaban esperando. Un aplauso para el fenómeno que ha dejado con la boca abierta a media nación: ¡Mina San Telmo!

El público silbó y aplaudió. La orquesta del plató interpretó un breve interludio de bienvenida y Mina entró en el escenario a través de un elegante arco abierto a un lado. Varios focos daban vueltas alrededor de sus pies.

Era más bien pequeña y vestía colores oscuros. Usaba gafas con montura grande y redonda lacada en negro. También su cara era redonda, y su pelo, corto y liso, le caía sobre las cejas en un flequillo largo, igualmente negro.

Se sentó al lado de Freddie.

—¡Hola, Mina! —vociferó el presentador, y al mismo tiempo, para mayor énfasis, golpeó la mesa con la palma de la mano—. ¡Es una pasada tenerte en el programa!

—Hola, gracias —dijo ella secamente, escudriñando con la mirada a su anfitrión.

—Bien, Mina. Si no te importa, vayamos directos al grano: acabas de cumplir... ¿cuántos años?

—Doce.

—Doce —se volvió al público con una exagerada expresión de asombro—. Y se ha dicho de ti que eres la escritora revelación del año.

El público volvió a aplaudir y a silbar.

Mina había sido la sensación de la temporada. Con doce años, había escrito y publicado una novela de detectives. *La horrible muerte de Jeremías Blunt* había sido un éxito arrollador. No podían reimprimirla lo bastante rápido para reabastecer los estantes que dejaba vacíos en las librerías.

Por sorprendente que esto pareciera, no lo era tanto para aquellos que conocían a su familia. Ahí estaba ese bisabuelo suyo que había hecho pinitos en física de partículas cuando era casi un crío. O su abuela, que hizo una fortuna descifrando mensajes para los servicios secretos. Y más recientemente, el tío que había creado una empresa en la red que multiplicó su valor por cien en pocas semanas, o ese otro que compuso la canción ganadora del festival de Eurovisión. Y estos son solo unos pocos ejemplos. Aunque los títulos que algunos se daban de «estrategas financieros» o «expertos en juegos de azar» eran

desde luego exagerados —ahora que se les podía ver llevar vidas bastante comunes y corrientes—, casi todos ellos, alguna vez, habían destacado con un sensacional golpe de inspiración de una u otra clase. Era una tradición de la familia. No era descabellado por tanto pensar que Mina podía hacer algo extraordinario en algún momento de su vida.

Desde la publicación, hacía un año, de *La horrible muerte de Jeremías Blunt*, Mina había estado trabajando en una segunda parte, pero no había pasado de la primera página. Tenía el temido *bloqueo del escritor*. Es decir, no se le ocurría ninguna idea lo bastante buena para ponerse a escribir.

En su defensa, hay que reconocer que no es fácil escribir una segunda parte cuando en la primera has cortado la cabeza a tu protagonista y reducido su cuerpo a cenizas.

Freddie Lamonda sostuvo el libro en alto frente a la cámara. El título estaba impreso con grandes caracteres blancos sobre una portada por lo demás negra.

—Lo compré en cuanto salió —dijo Freddie—. Y te diré una cosa —descargó el dedo en el aire repetidas veces—: No pude... dejarlo... un solo... momento. ¡En serio!

—Gracias —respondió Mina educadamente.

—Entonces, Mina —siguió Freddie—, no quiero estropear el final a los espectadores pero..., sin entrar en detalles, tenía ganas de preguntarte: ¿cómo narices se las arregla alguien como tú para dar con la explicación a todas esas circunstancias tan extrañas que rodean el crimen? Has vivido tan poco y sin embargo... No me lo explico. Te confieso que a mí nunca se me hubiera ocurrido.

—Bueno —dijo ella, y parecía sorprendida por la estupidez de la pregunta—, el problema para mí no era *encontrar* la solución del caso. Al fin y al cabo, la historia me la inventé yo, o sea, que sabía la solución desde el principio.

Algunos en el público se rieron.

—Claro que resolver casos *reales* es mucho más interesante —añadió con cierta picardía.

—Así y todo —dijo él—, debes de tener, eh..., una memoria prodigiosa.

—No es cuestión de memoria. Me limito a observar a la gente. En el colegio, en la calle, o cuando voy de compras. Y cuando has estudiado a un gran número de personas, te das cuenta de que todo el mundo es más o menos igual.

—¿Me estás estudiando ahora? ¡Yo no he hecho nada! —dijo Freddie poniendo las manos en alto. El público volvió a reír.

—No —dijo ella—, pero hay varias cosas que puedo decir sobre ti. Por ejemplo, justo ahora lo que de verdad necesitas es saber qué hora es.

—Vaya..., eh..., sí.

Mina se miró el reloj.

—Las once menos diez.

—¿Co-cómo has sabido que necesitaba saber la hora? ¿Cómo has averiguado lo que estaba pensando?

—Es fácil. Desde donde estamos sentados, no se ve ningún reloj en el plató. Y tu reloj no funciona esta noche. ¿Me equivoco?

—¿Mi reloj?

—Me refiero a tu vaso de limonada. He estado viendo el programa desde el principio, y me he dado cuenta de que utilizas tu vaso de limonada como si fuera una especie de reloj.

—¿Sí?

—No bebes de él —explicó ella—. Y sin embargo, cuando el programa iba a empezar y te estabas preparando, has contado uno a uno los cubitos que ponías en el vaso. Supongo que todas las noches pones la misma cantidad de cubitos y de

limonada. Conforme pasa el tiempo, los cubitos se derriten, se hacen más pequeños, y la limonada se vuelve más transparente. No debe de ser difícil saber cuánto tiempo ha pasado desde el comienzo del programa, solo mirando el vaso.

Un murmullo surgió del público: «Ooh...».

—De vez en cuando —siguió ella—, le dabas vueltas para mezclar bien el hielo con la limonada. Creo que era en esos momentos cuando comprobabas la hora, porque justo después decías cosas como «una pausa para la publicidad», o acababas la entrevista con un invitado. Me imagino que las señales de los tramoyistas distraen demasiado, y que no llevas reloj de pulsera porque mirarlo no queda bien en televisión. Es un buen truco. Lo haces bastante bien y es difícil darse cuenta. Yo ni siquiera estaba segura al principio.

—¿Y qué te hizo estar segura?

—La nueva ayudante, la que volvió a llenarte el vaso durante los anuncios. Me di cuenta de que era nueva por la forma en que se movía y por cómo hablaba con el equipo. Vacío la botella de limonada en el vaso, y estoy segura de que no debía haberlo hecho, porque cuando volviste después de la pausa se notaba que estabas molesto.

El público en el plató parecía estar rememorando aquel incidente, a pesar de que, cuando ocurrió, nadie le había dado la menor importancia.

—El programa empezó de nuevo justo después —siguió ella—, y tu reloj se había estropeado, porque tenía más limonada de la cuenta. Después de eso, dejaste de darle vueltas. Bueno, hubo un momento en que sí le diste vueltas. La fuerza de la costumbre, supongo. Pero paraste enseguida, en cuanto te acordaste de que el vaso no servía de nada. Entonces, instintivamente giraste la muñeca, como si fueras a echar un vistazo a tu reloj de pulsera, pero claro, no llevas ninguno. Eso fue lo que te delató.

—¡Damas y caballeros! —exclamó Freddie—. ¡Increíble! ¡Acaba de destapar el secreto mejor guardado del programa!

El público aplaudió y silbó, eufórico.

—No me sorprende que a alguien con tu talento le resulte fácil llegar a la lista de superventas —dijo Freddie.

—Tengo que reconocer que también he tenido suerte. Y todo se lo debo a las personas que me han ayudado.

—Y a tus lectores, ¿no te parece?

—Sí, claro. Y a mis lectores.

—Bien, ¡pues aquí tienes a algunos de tus fieles seguidores! —dijo Freddie—. ¡Mira lo que te hemos preparado!

Se giró sobre su asiento hacia el fondo del escenario y señaló con la mano a una gran pantalla. Sobre ella empezaba a proyectarse la misma imagen que los espectadores estaban viendo en sus casas.

Mina se volvió. Se vio a sí misma en aquella pantalla.

Entonces la imagen se partió en dos. A un lado seguía Mina, y en el otro apareció el interior de una librería. Los estantes estaban repletos de ejemplares de *La horrible muerte de Jeremías Blunt*. Un periodista con micrófono empezó a entrevistar a los compradores cuando estos se acercaban a echar un vistazo a los libros expuestos.

—¿Qué libro busca? —preguntó el periodista.

—No, no está aquí —dijo un hombre calvo de unos cuarenta años—. Estoy buscando *El goblin*. Me han dicho que es muy bueno.

—¡Hola! —dijo el periodista a una señora pelirroja—. ¿Está buscando la famosa novela de Mina San Telmo?

—Ah, no —dijo ella—. Solo estaba de paso. ¡Mire lo que he comprado!

Sostuvo un libro ante la cámara. En la portada, bajo un título en caracteres medievales, se veía una fea criatura toman-

do en sus manos una corona de entre un montoncillo de objetos de oro.

—¡*El goblin!* —dijo el periodista—. ¿Y qué me dice de *La horrible muerte de Jeremías Blunt*? ¿Le ha echado un vistazo?

—No. Tengo que leer este antes —respondió.

Al otro lado de la pantalla, el rostro de Mina disimulaba mal su desconcierto. Conocía *El goblin*. No era, como su libro, una novela de detectives. Era una historia fantástica con dragones y ese tipo de cosas. Había llegado a las librerías hacía unas semanas, y se estaba vendiendo muy bien.

Para asombro de Mina, solo unos pocos hablaron de su —hasta hacía nada— famosa novela de misterio. No importaba lo mucho que lo intentara el periodista, casi todos los compradores ponían *El goblin* por las nubes, ya fuera porque lo habían leído, ya porque ese era el libro que venían buscando.

* * *

Mina seguía dándole vueltas al asunto cuando llegó a casa esa noche. Al malestar que le había causado aquel vídeo, que parecía un *spot* publicitario pensado para *El goblin*, se añadía que seguía sin tener ni la más remota idea de cómo iba a escribir la continuación de su novela. ¿Por qué le estaba pasando esto?

También era tradición de la familia que, tras su primer y fulgurante atisbo del éxito, cada uno de sus brillantes familiares fuera incapaz de repetir aquel golpe de genio. Todos acababan haciendo de sus vidas una vida normal en el mejor de los casos o, en el peor, continuaban por siempre emprendiendo nuevos negocios, a cual más ruinoso. ¿Estaba ella condenada a perpetuar esa maldición?

Su casa —al menos aquellos días— era un apartamento ado-

sado, blanco y rectangular, rodeado de una parcela de césped recortado con esmero, desde la que se podían escuchar las olas por la noche. Un balón de fútbol volando directo hacia ella la recibió inesperadamente cuando abrió la puerta. El golpe en la cabeza la hizo retroceder tambaleándose hasta el porche.

—¡Ay! —gritó, más alto de lo estrictamente necesario, y entró de nuevo.

—Perdona —dijo su hermano Rob, bajando a toda prisa por las escaleras con el uniforme de su equipo de fútbol de la Liga Juvenil.

—¿Se puede saber qué haces? —protestó ella, frotándose la frente.

—Espera a oír esto —dijo él—. ¡Hemos pasado!

El hermano mayor de Mina no era una excepción en la familia. Él jugaba al fútbol. Quién sabe, algún día ficharía por un buen equipo.

—¿Qué habéis pasado?

—La clasificación. Iremos a jugar contra los campeones de Europa. ¡Nos vamos a Bruselas en diez días!

—Enhorabuena —dijo ella, sin molestarse en preguntar si por casualidad había visto *El show de Lamonda*. Enderezó su cartera sobre la espalda y se encaminó en línea recta a las escaleras. Pero después de unos pasos, se detuvo y se volvió a su hermano.

—Ah, una cosa —dijo—. Ese libro que me dijiste...

—¿*El goblin*?

—Ese. Lo has estado leyendo, ¿no?

—Ajá —dijo recogiendo el balón.

—¿Y te parece tan bueno?

—Ojalá no lo hubiera leído —dijo Rob enigmáticamente.

—¿En serio? —sin que fuera su intención, su voz sonó con algo de alivio—. ¿Y por qué?

—Porque si no lo hubiera leído, ahora podría leerlo en el viaje como si fuera la primera vez. Dicen que leer algo por segunda vez no es tan bueno como la primera.

—No me digas —dijo ella.

—Ahora no tengo un libro que llevarme al viaje. No tengo *El goblin*.

—Llévate *El Señor de los Anillos*. Está en la buhardilla.

—Ya lo leí —dijo él, y apoyó la espalda sobre el marco de la puerta que daba al salón, a un lado del recibidor.

A Mina le parecía penoso que, con dieciséis años, su hermano solo hubiera tenido cabeza para leer unas pocas novelas fantásticas. No le hubiera extrañado que *El goblin* fuera el único libro que había leído en los dos últimos años. El deporte apenas le dejaba ratos libres. Había sacado a colación *El Señor de los Anillos* porque supuso que iba con la moda de los *goblins*.

—¿Sabes? —dijo ella—, creo que a tu edad te iría bien empezar a leer otras cosas.

—¿Como qué? —dijo Rob.

—Cualquier cosa, con tal de que no sea fantasía.

—¿Por qué?

—Porque a lo mejor —respondió secamente—, en el mundo real no hay tantas brujas y dragones como podría parecer a simple vista. A lo mejor hay otras cosas. Mafias. Políticos corruptos...

Rob se acercó a su hermana, sujetando el balón entre una mano y la cadera, y puso su otra mano en el hombro de ella.

—Hazme caso —dijo seriamente, mirándola a los ojos. Ella permanecía en silencio—. Ese libro, *El goblin*, lo leí casi de corrido. Es realmente bueno, en serio. Mejor que cualquier historia de detectives. Deberías pensar en tu futuro. Dentro de nada, todo el mundo estará leyendo novelas de *goblins*. Y las historias de detectives pasarán de moda.

Mina apretó los dientes.

—Las historias de detectives —dijo finalmente— no pasan de moda.

Y dando fuertes pisadas, subió las escaleras en dirección a su cuarto.

La tía Ágata se asomó desde el salón, ataviada con un elegante traje de noche de colores tan vivos que parecía que alguna de las muchas curiosidades y recuerdos de viaje que guardaba allí dentro hubiera decidido de repente salir por su propio pie.

—¡Hola, cielo! —dijo—. ¡Espera y verás mi...!

Antes de que acabara la frase, la cortó el portazo que llegó desde la habitación de Mina en la planta de arriba.

Mina y Rob no vivían con sus padres aquella temporada. Su madre tenía una larga estancia de trabajo en la otra costa, y su padre estaba en Nicaragua ayudando a su hermano en bancarrota. Encontraron una buena oferta para alquilar la casa donde vivían, y a sus dos hijos los enviaron con la tía Ágata. Su atractivo apartamento en Playa Grande —ya de por sí hasta arriba de trastos inútiles— quedó todavía más lleno de cajas, documentos y muebles que no encajaban.

La tía Ágata estaba convencida de que, también para ella, se acercaba el momento de dar el salto a la fama. Era actriz. En modo alguno una actriz famosa —aún estaba por descubrir por el gran público—, pero había hecho algunos anuncios, y hasta le habían dado un par de papeles de poca importancia en películas de mafiosos. Según ella, su golpe de suerte todavía la estaba esperando, y eso la mantenía muy activa. El resto de la familia no estaba tan seguro, pero ninguno quería desanimarla.

—¿Qué ha pasado? —dijo Ágata al pie de la escalera, mientras el eco del portazo se desvanecía lentamente.

Rob se encogió de hombros.

Entonces ella pareció acordarse de algo.

—¿Era hoy la entrevista en televisión? ¡Rápido, la ponen a las diez!

Y corrieron al salón, sin darse cuenta de que había pasado la medianoche.

* * *

Un mes después, Mina pidió a su tía que la llevara en coche al centro para ver a su editor. Este le había dejado un mensaje en el contestador pidiéndole que fuera a verle.

El Sr. Ling tenía su despacho en la penúltima planta de una torre de oficinas desangelada. Mientras Mina cruzaba la chirriante puerta giratoria, la tía Ágata se alejaba en su coche para hacer algunas compras. Mina atravesó la portería de mármol, saludó con la mano al portero, y cogió el ascensor.

—¡Hombre, por fin! —dijo el Sr. Ling, asomándose desde detrás de las pilas de manuscritos que se amontonaban en su escritorio—. ¡Madre mía, hace un siglo! ¿Quieres uno?

Se inclinó hacia delante para ofrecerle una caja de puros y la abrió. Estaba llena de piruletas.

—No, gracias. —Mina le había visto hacer ese truco cientos de veces. No resultaba divertido—. Pero tienes razón, hace tiempo que no nos vemos.

Estaba deseando explicarle lo que había ocurrido en el programa de Lamonda, pero no sabía por dónde empezar, así que simplemente siguió allí sentada, dirigiendo miradas oblicuas a distintos rincones de la oficina.

—¿Sabes? —Ling terminó de quitar el envoltorio a una piruleta—, me tenías preocupado. ¿Cómo va el nuevo libro?

—Bien.

—¿Qué quiere decir «bien»? ¿Que todavía no sabes qué final darle? —bromeó él arqueando las cejas.

Ling dijo esto porque, en su última reunión, Mina le había contado que se había quedado bloqueada en los últimos capítulos del libro, y que esa era la razón por la que no había podido enviárselo. La verdad era bien distinta, claro, no habiendo escrito ni la primera página, pero eso era mejor que no lo supiera.

—Mire, Sr. Ling —dijo Mina—. Ya sé que estoy poniendo a prueba su paciencia, pero he avanzado mucho en las últimas semanas. Aunque no puedo enseñarle nada. Todavía no. Me hubiera encantado tenerlo terminado, pero ¿sabe lo que supone tener que ir a clase todos los días?

—Yo también fui niño una vez —dijo él en tono condescendiente. Se hizo de nuevo un silencio—. Escucha, Mina. Ya hemos tenido antes esta conversación. No podemos esperar más. Hace mucho que teníamos que haber visto el manuscrito de ese libro. No ha sido decisión mía; solo te transmito lo que ellos me han dicho.

Al llegar aquí apuntó con las pupilas al techo, para indicar que estaba hablando de sus superiores, con despachos en la planta de arriba.

Mina se quedó callada. Tenía un problema serio.

—Además —continuó él—, hoy en día, ya se sabe, con las redes sociales, los libros electrónicos y todos esos inventos que sacan..., las cosas que la gente lee cambian de la noche a la mañana. Las novelas de detectives ya no gustan tanto, lo mires como lo mires. Al principio, las ventas de tu novela nos hicieron creer que íbamos con la corriente, pero entonces..., entonces pasó algo.

Mina dio un suspiro de resignación.

—No hace falta que me lo diga. Llegaron los *goblins*.

—Hay que reconocerlo. La gente se pirra por ese libro. Ya preparan dos continuaciones. Y una película —hizo una pausa—. No es fácil lo que voy a decirte, Mina. Pero también es

culpa tuya que hayamos llegado a esto. No nos has enviado ni una línea de tu siguiente novela. En más de un año.

—Está bien. Dígamelo y acabe.

—Tal vez si trajeras el manuscrito acabado, digamos... ya mismo, podría intentar algo con los de arriba. Pero no siendo así —suspiró—, lo que la compañía ha decidido es no sacar tu libro este año. Ni... tampoco el que viene.

Mina levantó la cabeza. ¿Qué estaba queriendo decirle?

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó.

—Francamente no lo sé. Las librerías han empezado a retirar tu novela. Quién sabe cuánto tardarán en volver a estar de moda esa clase de historias. Mientras tanto, vamos a concentrar nuestros esfuerzos en... libros de mayor alcance —bajó la mirada—. Novelas de *goblins*, concretamente.

Mina se hundió en su asiento, mirando las patas del escritorio del editor. Él se defendió.

—No me echas a mí toda la culpa —dijo—. Saqué el cuello por ti haciendo a la editorial firmar un contrato por tres libros contigo. Así que estoy igual que tú. Me la juego si no consigo colocar un libro tuyo como sea. Por eso lo he estado pensando, ¿sabes? Y creo que tengo la solución. —Chupó su piruleta—. Si me haces caso, saldremos de esta.

Mina alzó la mirada. Ling sonrió. Ahora hacía un esfuerzo por levantarle el ánimo.

—Ya verás cómo te gusta mi idea, estoy seguro —dijo él—. Tal vez escribir novelas es una lata, algo demasiado difícil para ti. En cambio, podías probar a escribir otras cosas, como temas de actualidad. Vamos a sacar una colección de libros por encargo, dirigidos a un público joven. Se lo estamos proponiendo a nuestros autores de más éxito, y lo lógico es que al menos uno de ellos se lo demos al autor más joven de la casa, es decir, a ti.

—¿Por *encargo*? —preguntó Mina.

—¡Justo! —respondió animadamente—. Es como lo llamamos cuando nosotros, la editorial, tenemos una idea para un nuevo libro, y entonces contratamos a alguien para que lo escriba.

Mina no estaba segura de haberlo entendido.

—¿Tenéis una idea para una novela de detectives?

Él se rio tontamente.

—No, nada que ver con eso, pero te dará algún dinero, y publicidad. Son libros sobre cosas como la cocina mediterránea, eh..., el cuidado de la salud, la India, el submarinismo, etcétera, etcétera.

—¿Y?

—Hay tres de ellos que todavía no hemos asignado a ningún autor. Son sobre... —cogió un papel del escritorio y leyó—: sobre jardinería, pastelería en casa y pintura moderna. Interesante, ¿eh?

Ling alzó las cejas, pero solo obtuvo un incómodo silencio por respuesta.

—¿Es una broma? —dijo ella finalmente.

—No.

—¿*Pastelería en casa*? ¿De verdad habéis pensado en mí para eso? ¿*Pintura moderna*?

—Ese es un tema muy bonito y de actualidad —Ling señaló hacia ella con la piruleta—: el arte... Ya sé que no eres una especialista en ninguna de esas cosas, pero ¿qué más da? Empiezas a tener un nombre. Haremos que viajes un poco..., y que un experto dé los últimos toques a tu manuscrito.

—¿Y no hay otros temas de actualidad sobre los que a la gente le gustaría leer? El asesinato de antiguos espías rusos, por ejemplo. Me gustaría escribir un libro sobre eso. En Rumanía, han puesto a la venta el castillo del conde Drácula.

Tampoco me importaría. Me interesan esa clase de asuntos, no unos cuantos cuadros muy monos.

—Pero Mina —dijo él—, si aceptaras, por ejemplo, el librito sobre pintura, podrías viajar a los mejores museos del mundo. Con alguien de tu familia, por supuesto. Tenemos presupuestado, correremos con los gastos. Deberías estar encantada.

—No puedo viajar. Tengo que ir a clase.

—Ah..., no me vengas con esas. Sabrás cómo librarte. Hazme caso, consúltalo y llámame en un par de días, cuando lo hayas pensado. Y piensa un poco en mí también. Es lo único que se me ocurre. Aparte de esto, no hay planes inmediatos para ningún nuevo libro de Mina San Telmo.

Sin embargo, nada más lejos de la mente de Mina que darle más vueltas a aquel asunto. Estaba completamente segura en el camino de vuelta a casa. La tía Ágata no paraba de hablar sobre el sombrero que se había comprado mientras Mina estaba reunida, pero Mina no estaba de humor para escucharla.

—¿Qué te pasa? —preguntó su tía.

Mina no respondió.

* * *

Al día siguiente, Mina era una más entre los alumnos que bajaban del autobús y entraban en el patio del Centro de Educación Fisher School. Había algo muy peculiar acerca de Fisher School. Cuando un alumno saboreaba las mieles de algún éxito, no había profesor o estudiante que no lo agasajara, y quisiera ser visto con él o ella..., incluso los que por dentro se retorcían de envidia. Luego, si uno se caía de ese estado de gracia, toda la adulación de esos pocos envidiosos volvía a él transformada en resentimiento.

Aquella mañana había llovido bastante. Al saltar del auto-

bús, Mina se lanzó a un lado para no caer justo encima de un charco. La cartera, sin embargo, se le quedó enganchada en la barra horizontal que abría y cerraba la puerta. Se balanceó colgada un par de veces y al final fue a estrellarse en el charco. Mina la recogió inmediatamente, pero ya estaba empapada.

Cruzó el patio y corrió dentro del edificio de ladrillo rojo donde estaba su clase. En lugar de ir directa a su pupitre, se detuvo frente a una gran ventana al fondo del aula y sacó de la cartera todas sus cosas. Había que evitar que se mojaran. Abrió la ventana y colgó a secar la cartera vacía. Luego, llevando todo su contenido bajo el brazo, serpenteó entre las filas de pupitres en dirección a su sitio.

Algunos chicos habían formado un círculo en el centro del aula. Hablaban en voz alta, así que Mina no tuvo que esforzarse demasiado para entender lo que decían. Habían visto anunciada la nueva película de *goblins*. Uno de ellos mostraba al resto un pequeño *goblin* de goma con piernas y brazos articulados. La profesora de lengua, la «Cocodrilo», no había llegado todavía.

—¿Esto es la nueva novela que estás escribiendo? —oyó decir Mina a alguien a su espalda.

Se volvió. Era Pete Smiggers, uno de sus dos mejores amigos. El otro era su hermano gemelo, Henri. Pete y Henri eran menudos, con pelo corto y rubio, gafas, y una conversación generalmente más interesante que el promedio del colegio. Pete Smiggers se agachó y cogió del suelo una carpeta morada que a Mina se le había caído sin darse cuenta. La carpeta llevaba dentro un grueso fajo de hojas de papel, y sobre la etiqueta de la portada podía leerse, en la letra de Mina: *La horrible muerte de J. B. SEGUNDA PARTE*.

—¿Puedo verla? —dijo Pete, y comenzó a abrir la carpeta. Al instante, Mina la agarró por la otra punta.

—¡No está terminada! —dijo—. Así que..., humm..., no se la puedo enseñar a nadie. Todavía no.

—¡Ajá! ¡El próximo libro de Mina! —graznó alguien.

Se trataba de Bruna Gambara, la archienemiga de Mina. Era rubia, pecosa, mucho más alta que cualquiera de su edad. Y se esforzaba al máximo por hacer miserable la vida de Mina en el colegio.

—¿Cómo va tu libro? —preguntó Bruna con sorna, levantando tanto la voz que todos en el aula podían oírla.

A principio de curso los profesores ya habían hablado a la clase de su nueva novela, para su desgracia, y hasta hicieron a todos ver la entrevista de Lamonda como trabajo de casa.

—Estupendamente —replicó Mina.

—¿Ah, sí?

—No lo dudes.

Y entonces Mina, como para dejarlo bien claro, arrancó de un tirón la carpeta de las manos de Pete. La carpeta se quedó asida entre sus dedos, pero el movimiento de su brazo fue tan rápido que las hojas que había dentro salieron volando, esparciéndose por todo el suelo. Mina se quedó blanca.

—¡Huy! —dijo Bruna—. ¡Es tu novela, trátala con cuidado!

Y antes de que Mina pudiera hacer nada para evitarlo, ya estaba agachada recogiendo páginas. Los demás compañeros hicieron un círculo a su alrededor, recorriendo el suelo con la mirada. Podían ver fácilmente que todas las hojas estaban en blanco, algo que Bruna contribuía a hacer más evidente dando la vuelta a cada una.

—Qué interesante —dijo Bruna, fingiendo extrañeza—. No tienen nada escrito.

Pete tomó una página que había caído a sus pies y comprobó que lo que Bruna decía era cierto. Sin decir palabra, se la devolvió a Mina.

—Vaya, vaya, vaya. —Con sonrisa de satisfacción, Bruna seguía reuniendo páginas del suelo, todas en blanco—. Quién hubiera dicho que nuestra escritora de misterios se ha pasado todo este tiempo sin dar golpe. A lo mejor es que el primer libro le salió de casualidad, y no tiene ni idea de cómo hacer otro.

Henri Smiggers también se acercó y, con su hermano, ayudó a recoger las hojas en blanco que quedaban y a ponerlas juntas en una mesa. Se miraron el uno al otro, y luego a Mina, pero cuando ella les devolvía la mirada, ellos la bajaban.

—¿Qué tienes ahí? —saltó Bruna, señalando hacia algo que Henri llevaba en una mano.

—¿Eh? Nada —respondió él, escondiendo la mano detrás.

—¡Es un *goblin*! —dijo Bruna—. ¡Tú también lo tienes! ¿A que son monos?

Henri lanzó a Mina una mirada culpable por el rabillo del ojo, y comprendiendo que era inútil ocultarlo, volvió a poner delante la mano. En ella sostenía un *goblin* de goma idéntico al que Mina había visto a su otro compañero.

—Es suyo —dijo Henri, señalando a su hermano.

—¡Pero qué dices! —protestó Pete—. Me pediste prestado para comprártelo.

—Pensaba que lo querías tú.

Bruna rompió a reír. Y Mina, por primera vez en mucho tiempo, se sintió como una impostora. Durante un año, no había sido capaz de escribir ni una sola línea de su nueva novela. Su editor había cancelado la publicación. Los *goblins* eran ese año el tema de conversación de todo el mundo y pronto a nadie le importarían sus novelas policíacas.

—Gracias, chicos, por echarme una mano —dijo finalmente, esbozando una sonrisa bastante convincente—. La verdad es que estos papeles están todos en blanco para recordarme a mí misma que no he podido escribir ni una sola

palabra de mi novela. Hasta he tenido que pedirle a mi editor que atrasara la publicación. Y todo por el *otro* libro que estoy escribiendo...

—¿Otro libro? —dijo Bruna.

—Sí, ¿no te lo había dicho? Mi libro sobre..., humm..., pintura moderna.

Hubo un breve silencio cuando dijo esto.

—¿*Pintura moderna*? —repitió Bruna incrédula.

—Ajá. Por supuesto escribiré la segunda parte de *La horrible muerte* pero es que... antes de eso me hacía ilusión escribir un libro sobre pintura moderna.

—¿Desde cuándo te interesa la pintura moderna? —preguntó Bruna.

—Desde siempre. Era una cosa que llevaba dentro. Y ahora la he... desarrollado.

—Nunca habías dicho que te gustara la pintura moderna —insistió Bruna.

—¿No? Qué raro. Bueno, ahora ya lo sabes. Me ha dado por eso. Le estoy dedicando todo el tiempo que tengo, y ojalá tuviera más. Pero... en fin, acabaré ese libro más pronto que tarde, y entonces volveré a mis novelas de detectives.

La Cocodrilo entró.

No era el deseo de nadie en la clase de Mina dar a la Cocodrilo una excusa para ponerse furiosa. Muchas profesoras son personas maravillosas, pero la Cocodrilo no era una de ellas. Sus estudiantes agachaban la cabeza y miraban al suelo cuando se encontraban cara a cara con ella. Tenía un cuerpo enorme, hombros anchos, extremidades gruesas y una poderosa mandíbula, además de una forma de hablar que resultaba cuando menos intimidatoria.

Mientras todos se iban corriendo a sus sitios, Mina terminó de recoger sus cosas.

—¿Qué problema tienes hoy? —rugió la Cocodrilo.
Mina masculló algo y caminó a grandes pasos a su pupitre.

* * *

Tras volver del colegio aquella noche, Mina subió directa a su habitación, pero se detuvo unos metros antes de llegar. Acababa de acordarse, con fastidio, de que su ordenador no se iniciaba desde hacía unos días.

Llamó a la puerta de su hermano. Tal y como esperaba, no había vuelto del entrenamiento. Entró. En casa de la tía Ágata, tan llena de objetos de diseño, la habitación de Rob era como un oasis de normalidad. El armario estaba abierto y desordenado, con algo de ropa en el suelo frente a él. Sobre la cama, que estaba sin hacer, había un estante con un par de viejas novelas fantásticas. Las paredes estaban adornadas con pósteres de futbolistas, y dos trofeos brillaban sobre los dos extremos del pequeño pupitre, dejando apenas sitio en él para un ordenador portátil.

Mina se sentó frente a este, lo encendió y esperó.

¿Por qué había tenido que decir, delante de todos, que estaba escribiendo un libro sobre pintura moderna? Nada más lejos de la verdad. Pero no había tenido más remedio que parar los pies a Bruna en el momento, y aquel tema de entre los propuestos por Ling fue lo primero que se le vino a la cabeza.

Cuando escribía *La horrible muerte de Jeremías Blunt*, Mina buscaba con frecuencia información en la red, deteniéndose en los periódicos de varios países en busca de noticias de investigaciones policiales. En esta ocasión buscaba algo diferente: algún titular, en alguna sección de arte, lo bastante interesante como para merecer que se detuviera. En el caso improbable de que aceptara escribir ese libro por encargo, más le valía tener algo sugerente por donde empezar.

Las noticias de arte eran, en su mayor parte, simplemente estúpidas. Navegó por páginas de crítica, opinión, noticias de sociedad sobre pintores famosos, galas de entrega de premios y un largo etcétera, y no encontraba nada que captara en lo más mínimo su interés. Entonces, en una página británica, cuando estaba a punto de quedarse dormida sobre el teclado, encontró esta noticia:

ASESINADO DURANTE UN ROBO DE ARTE EL MAGNATE DEL ACERO HORATIO GIBBET. Fue hallado con signos de estrangulamiento tras el atraco a su colección. El asaltante escapa con un cuadro.

—¿Qué buscas? —preguntó Rob, entrando en la habitación—. Voy a usar mi ordenador.

Como ella no respondía, miró por encima de su hombro a la pantalla, donde leyó esto:

El cuerpo sin vida del empresario, de sesenta y nueve años, fue hallado por su servicio doméstico ayer noche en su residencia de Watson Place 18, Londres, que alberga también su apreciable colección de pintura moderna. Se ha determinado que murió estrangulado. El desconocido asaltante, que sigue huido, se limitó a sustraer una misteriosa pequeña obra. Los empleados del servicio afirman que su título es: *¡Qué fragarante día! ¡jujurujuu! ¡jay, jay!*, pero su autor no se conoce, y tal título no aparece en el inventario del coleccionista. La policía agradece cualquier información que el público pueda aportar...

—¿Qué es? —preguntó Rob.

—No está mal —fue todo lo que Mina dijo—. No está nada mal.

* * *

Para cenar, la tía Ágata preparó salmón y ensalada griega, dos platos que estaban entre los favoritos de Mina. Pero esta no prestó demasiada atención a la comida. Su cabeza seguía dándole vueltas al asunto.

—«Qué fragarante día» —balbuceó—. «Jujurujuu, jay, jay»

—Uuh —dijo la tía—. ¿Es francés?

—No, no parece ninguna lengua en particular —respondió Mina.

—Es el título de un cuadro —intervino Rob—. No sabemos qué quiere decir.

—Pero una cierta idea sí que da —observó Ágata, que por un momento se había puesto pensativa—. Una idea así..., no sé, una idea alegre —añadió, haciendo movimientos ondulatorios con los dedos a ambos lados de su cabeza.

Rob dio la razón a su tía. En su opinión, sonaba como «¡Hurra! ¡Qué fabuloso día!», o algo por el estilo.

—Sí, o algo por el estilo —dijo Mina—. Pero en un lenguaje especial.

* * *

Después de la cena, los hermanos volvieron a la habitación. Rob pidió a Mina que acabara rápido, porque también él quería mirar algo en la red; hacer preparativos para su viaje a Bélgica. Al final, se sentó frente al ordenador al lado de su hermana, dispuesto a meterle prisa. Encontraron un diccionario, y escribieron *fragarante* en el campo de búsqueda.

No dio resultado.

Probaron con Google. Entonces sí salió algo.

—«¡Qué fragarante día! ¡Jujurujuu! ¡Jay, jay!» —leyó Rob

en alto desde la pantalla— es un verso del poema *Jabberwocky*, o *Galimatazo*, del escritor Lewis Carroll. El poema está incluido en su novela *A través del espejo*, la segunda parte de *Alicia en el País de las Maravillas*. Ya está.

—Podemos buscarlo arriba —dijo Mina.

—¿Arriba dónde?

—En la buhardilla.

Sus padres habían traído un montón de libros y trastos de su casa, antes de alquilarla. Estaba todo en la buhardilla de la tía Ágata. A veces, Mina subía a buscar alguna cosa.

—Son libros conocidos. Puede que estén entre los de mamá.

—Vale, pues vete —dijo él—. Necesito el ordenador.

La buhardilla tenía el techo inclinado, haciéndose más y más bajo conforme te adentrabas en ella. Mina encendió la bombilla que colgaba de una esquina y, encorvando cada vez más el cuello y la espalda, avanzó trabajosamente entre cajas de cartón, la vieja bicicleta de su padre, lámparas de mesa y objetos por el estilo, hasta llegar a la pared del fondo, sobre la que cientos de novelas se apilaban sin orden alguno. Cuando, en ocasiones anteriores, había buscado allí un libro, había hecho un metódico barrido de los títulos impresos en los lomos, empezando por una esquina y siguiendo hasta la otra. Eso es lo que hizo ahora.

Al cabo de un rato, volvió a la habitación de su hermano con un ejemplar voluminoso y envejecido de *A través del espejo*, de Lewis Carroll, y se sentó en un pequeño sillón dando la espalda a Rob, que seguía navegando en busca de accesorios y equipamiento deportivo.

Abrió el libro y pasó algunas páginas.

—Qué interesante —dijo al cabo de un rato.

Rob gruñó a modo de respuesta, sin apartar la mirada de la pantalla.

—No te emociones demasiado —dijo ella—, pero es igualito que uno de tus libros de *goblins*.

Rob reaccionó al fin y miró por encima del respaldo del sillón en el que se sentaba su hermana. El libro estaba abierto en una ilustración a toda página.



John Tenniel, *Galimatazo*, de Lewis Carroll, *Through the Looking Glass and what Alice Found There* (Londres, 1871).

—Qué chulo —dijo él.

Los dos volvieron la mirada a la página opuesta. Allí estaba el poema que Mina buscaba. Empezaba así:

GALIMATAZO

*En lúmbida hora, los bábiles torvos
andaban giroces tadrando el aúno.
Meséviles eran los borogomorvos,
y hogano el prez daba su truno.*

—Complicado de entender, ¿no? —dijo Rob.

Mina recorrió la página con el dedo hasta dar con las palabras que formaban el título del cuadro robado en Londres.

*«¡Al Galimatazo has muerto! ¿Y cómo tú?
¡Dejad que lo abrace! ¡Braviente hijo mío!
¡QUÉ FRAGARANTE DÍA! ¡JUJURUJU! ¡JAY, JAY!»,
soplaba en feliz griterío.*

—Muy bien, ahí lo tienes —Rob sonrió con desdén—. ¿Pero de qué te sirve?

—Puede que me lleve a algún sitio.

—Buena suerte —dijo él—. La necesitas, si esperas que una poesía sea la clave que resuelva un asesinato.

—Al menos es un sitio por donde empezar. Solo trato de poner los detalles en orden. En este momento, nadie puede decir todavía qué es y qué no es importante. Lo bueno del dibujo es que enseña más o menos de qué va la historia.

—¿Una especie de niño-guerrero que lucha contra una especie de dragón?

Mina comenzó a leer el poema de nuevo desde el principio, esta vez más despacio. Su hermano, sintiendo que había sido distraído de su búsqueda en la red para un rato, dejó su asiento frente al ordenador, dio un rodeo al sillón y se acomodó sobre uno de sus brazos, al lado y por encima de su hermana.

—Tiene que estar hablando del bosque donde ocurre el combate. A esa hora del día, parece que dice, unas cosas llamadas *torvos* estaban *giroces*, lo que sea que quiera decir, y *tadraban* algo llamado el *aúno*. Y otras cosas llamadas *borogomovos* estaban *mesériles*.

—A ver si te sigo —dijo él—. ¿Y el *prez* daba su *truno*?

—Hum... Veamos qué viene después.

«¡Que no te vea el *Galimatazo*! ¡Ven, hijo!
 ¡Sus fauces trituran, su garra es veloz!
 ¡Al pájaro *Jubo-Jubo* evita! —le dijo—,
 ¡y al *Zamarrajo sanguíneroz*!»

—Esto es algo más fácil —dijo ella—. El padre o la madre del chico le está advirtiendo de los peligros de andar por ahí fuera. Primero, que tenga cuidado con el *Galimatazo*...

—El monstruo del dibujo —la interrumpió Rob.

—Ajá, porque los dientes y las garras son como dice la segunda línea. Luego, le aconseja que evite al pájaro *Jubo-Jubo*, otra criatura. Y a otra llamada *Zamarrajo*.

—¿Y el *Zamarrajo* está furioso? —dijo él.

—Si eso es lo que quiere decir *sanguíneroz*.

Siguieron leyendo.

¡Pim! ¡Pam! ¡Pim, pam, pum! ¡Hasta arriba arribota
 tijeleteó la vorpal espadaza!

*Dejó muerto al monstruo, y su gran cocorota
se trajo con galunfal traza.*

—Esto es el combate, entre el niño y el *Galimatazo* —dijo ella—. Su victoria fulminante.

—Y al final vuelve a casa triunfante y al galope —dijo Rob—. Porque me imagino que eso es lo que significa *galunfal*.

—Humm... Se lleva la cabeza que le ha cortado al monstruo.

*«¡Al Galimatazo has muerto! ¿Y cómo tú?
¡Dejad que lo abrace! ¡Braviente hijo mío!
¡Qué fragarante día! ¡Jujurujuu! ¡Jay, jay!»,
soplaba en feliz griterío.*

—Otra vez habla la madre, o el padre —dijo Mina—, felicitando al hijo por haber matado al monstruo.

—¿De verdad crees que esto es la clave para resolver el caso? —dijo Rob.

—Quién sabe —dijo ella—. Eso nadie puede decirlo con seguridad.

—Espera un segundo —Rob se llevó las manos a las sienes y fingió releer con gran intensidad el poema—. Me parece que aquí hay algo escondido... Sí... Elemental... Empiezo a verlo... ¿Un asesinato?

Mina cerró el libro de golpe en sus narices.

—Muy gracioso. Pero dame tiempo, Rob. Dame tiempo.

Y aquella noche, Mina apenas pegó ojo. Pensaba en el asesinato del empresario londinense, y en el extraño título del cuadro que el asesino, o los asesinos, se habían llevado. Tal vez no hubiera, después de todo, relación alguna entre el poema y el crimen, pero si la hubiera, qué gran historia de misterio sería.

Por descontado que su editor no le había pedido que escribiera una novela policíaca, eso estaba claro, sino un libro sobre pintura moderna —o pastelería en casa, o jardinería—. Ella se había limitado a buscar una noticia sobre arte moderno que fuese lo bastante interesante como para servirle de acicate. No era culpa suya que hubiera acabado encontrando un caso de asesinato. Ojalá pudiera investigarlo a fondo, ¿pero cómo? Haría falta volar hasta Londres.

Rob, por su parte, antes de irse a la cama subió a la buhardilla. La lectura de *El goblin*, y aquella ilustración que le había mostrado su hermana, le habían reavivado las ganas de leer alguna otra novela de ese tipo. Al cabo de un rato encontró un pequeño libro de Tolkien que no era *El Señor de los Anillos*. El librito que encontró se titulaba *Egidio, el granjero de Ham*. No lo abrió aquella noche. Era tan corto que creyó que sería mejor reservarlo para el viaje a Bruselas. Se quedó despierto, no obstante, hasta tarde, dando vueltas a cosas del viaje. Y no pudo evitar que su pensamiento recayera una y otra vez en las maquinaciones de su hermana.

* * *

Rob estaba en mitad de su desayuno, sentado frente a la ventana de la cocina, cuando oyó a su hermana bajar las escaleras. Tenía en la mesa el libro que había bajado la noche anterior. Se lo enseñó. Pero Mina pasó de largo ante la mesa, ni siquiera saludó.

Algo en ella daba la impresión de que había tomado una decisión de cierto calibre. Se acercó a la tía Ágata, que estaba mirando en el frigorífico, y le pidió que llamara al colegio y dijera que la había atropellado un autobús y estaba en el hospital.

Su tía dudó unos segundos.

—Hummm..., me parece que no estaría bien...

—Pues di que he pillado algún virus... Di que he pillado la difteria.

—Vale.

A través del manos-libres de la cocina, el director del centro sonó enormemente sorprendido al recibir la noticia.

—¡Cómo! —exclamó—. Pensaba que la difteria estaba erradicada aquí.

—¿Sí? —respondió Ágata, dirigiendo la mirada a su sobrina como para pedirle alguna indicación sobre qué decir ahora, pero demasiado impaciente para esperar a que esta llegara—. ¡Entonces es más grave de lo que pensaba!

El director deseó a Mina una pronta recuperación y dijo que llamaría de nuevo al cabo de unos días para ver cómo iba.

Rob escuchó todo esto entretenido y expectante.

Cuando Ágata terminó, Mina cogió el teléfono y llamó a su editor.

—Sabía que te lo pensarías —dijo el Sr. Ling, sin apenas disimular el tono triunfante de su voz—. Habría sido una bobada rechazar esta oportunidad. Pagaremos tus viajes, y podrás visitar los mejores museos del mundo.

—Muy bien —dijo Mina—, pero me gustaría dejar algo claro.

—Dime.

—Soy una escritora de misterios policíacos, no lo olvide.

—Nadie lo duda —dijo Ling.

—Así que haré ese libro sobre pintura moderna, pero... lo escribiré *como si fuera* un misterio policíaco —dijo Mina recalcando cada sílaba.

Rob casi se atragantó con sus cereales.

Al otro lado de la línea, el Sr. Ling pareció encontrar la ocurrencia graciosa.

—Como tú quieras, Mina —dijo, riendo plácidamente—. Como tú quieras.